

que el derecho de guerra de Mahoma es conforme á la justicia y á la humanidad (1). Se conservan las instrucciones dadas por el primer califa á sus tenientes cuando el fanatismo religioso se hallaba en todo su fervor; que se comparen con el derecho de guerra de los Germanos, cuya invasión se llama pacífica al lado de la de los Arabes: "Pelead brava y lealmente; no uséis de perfidia con los enemigos; no mutiléis á los vencidos; no matéis á los viejos, ni á los niños ni á las mujeres; no destruyáis las palmeras ni queméis las cosechas; no cortéis los árboles frutales ni degolléis el ganado, á excepción de lo que sea necesario para vuestro sustento," (2). Sin duda no siempre fueron observadas aquellas instrucciones: el genio salvaje del Arabe del desierto, unido á las malas pasiones del creyente, produjo una mezcla singular de heroísmo y de crueldad. Khalid, *la espada de Dios*, que era el tipo de aquellos héroes, se bañó más de una vez en la sangre de los prisioneros de guerra (3). Después de la toma de Alejandria, Amru, el vencedor del Egipto, escribió á Omar estas siniestras palabras: "Sométida la ciudad por la fuerza de las armas, no ha obtenido capitulación ni gracia; los musulmanes están impacientes por gozar de los frutos de su victoria." El califa no escuchó aquella proposición amenazadora que iba á arruinar la ciudad más comercial del mundo, y aseguró la vida, la propiedad y la libertad á sus habitantes. Algunas aldeas habían tomado partido por los Griegos, y Omar prohibió tratar á los vencidos como cautivos y les otorgó los mismos derechos que á los Coptos (4).

En Oriente, el espíritu generoso de la raza árabe fué ahogado por la mezcla de pueblos asiáticos, que en todos tiempos han usado del derecho de guerra más cruel. Los Griegos mismos no se habían humanizado en proporción de su cultura intelectual; y en su decadencia, no les quedaba más que la barbarie. Su contacto fué funesto á los Arabes. El emperador Teófilo tomó la ciudad de Sozopetra; y el califa, que había nacido en ella, soli-

(1) DE SACY, en el *Journal des Savants* (1826), p. 547.

(2) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, p. 343: «Conviene á los musulmanes no hacer traición á la fe jurada, no emplear el fraude, no mutilar á los prisioneros, no matar á la mujer, al viejo decrepito ni al niño, ni al ciego, ni al cojo...»

(3) En una batalla contra los Persas, Khalid hizo el voto de que si Dios le concedía la victoria, no perdonaría ningún enemigo, y que degollaría á todos los infieles, hasta que el río se tiñese de sangre. Y cumplió tan bárbaro voto. (WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 33).

(4) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 115.

citó el perdón de sus habitantes; el príncipe griego respondió á aquella súplica arrasando la ciudad y mutilando ó marcando de una manera ignominiosa á los Sirios cautivos. El califa tomó represalias terribles; se apoderó de la ciudad de Anconium, patria de Teófilo, y 30.000 prisioneros fueron tratados como viles criminales (1).

Entre tanto, el carácter nacional se manifestaba siempre entre los hombres de primera talla. Mahmud, el conquistador de la India, ejecutó actos de justicia y de generosidad que honrarían á un guerrero cristiano. Hallábase un día en su tribunal, y un Indo vino á acusar á un soldado turco de que le había arrojado de su casa y de su cama: "No grites más, dijo el sultán; y cuando el culpable vuelva á tu casa, ven á decírmelo, y yo mismo iré á juzgarle y á castigarle." Mahmud siguió á su guía, ordenó sus guardias alrededor de la casa, y haciendo apagar las luces, pronunció la sentencia de muerte del que acababa de ser cogido infraganti del crimen de robo y adulterio. Después de la ejecución de la sentencia, el sultán mandó encender luces, se puso de rodillas, y cuando hubo acabado su plegaria, comió con la voracidad del hambre manjares ordinarios. Y como el Indo expresara su admiración: "Tenía motivo para temer, dijo Mahmud, que fuesen mis hijos los únicos que se atreviesen á cometer semejante atentado, y por eso apagué las luces, á fin de que mi justicia fuera inflexible. Cuando descubrí al culpable, di gracias al cielo en mis oraciones; pero ha sido tal mi inquietud desde que oí tus quejas, que he pasado tres días sin tomar alimento," (2) (a).

Mahmud hacia la guerra á los Buidas, soberanos de la Persia occidental, cuyo jefe era menor de edad, y la sultana madre escribió á Mahmud: "Mientras que ha vivido mi esposo he temido tu ambición: era un guerrero digno de tu valor; ya no existe, su cetro ha pasado á una mujer y á un niño: no creo que quieras combatir contra la infancia y la debilidad. Tu victoria no tendría nada de gloriosa, y ¡cuán humillante sería tu derrota! Porque

(1) GIBBON, *Hist. de la decadencia del Imperio*, c. 52.

(2) D'HERBELOT, *Biblioteca oriental*, en la palabra Mahmoud.

(a) Ese y otros hechos citados por el autor vienen á confirmar lo que dejamos dicho acerca de la decantada cultura y humanidad de los Musulimes: las masas feroces, semisalvajes, estimuladas por el botín y por las pasiones más carnales; algunos jefes, hombres de talento ó de genio, brillando como una excepción, pero pasando sin crear ni fundar nada durable.—(Nota del Traductor.)

después de todo, el Omnipotente dispone de la victoria." Esa carta desarmó al conquistador (1).

En España fué donde la raza árabe desarrolló principalmente los instintos generosos de que la naturaleza le había dotado. Los Bárbaros del Norte, los Arabes y los cristianos se encontraron en el territorio de la Península; entre los conquistadores, son los hijos del desierto los que brillan por su humanidad (2). Un historiador francés dice que la conquista de los pueblos del Mediodía, bien al contrario que la de los pueblos del Norte, se hizo sin devastaciones y sin efusión de sangre, como una simple toma de posesión. En los reglamentos militares de un príncipe árabe se lee: "Se prohíbe á las gentes de guerra matar las mujeres, los niños, los viejos, los enfermos y los religiosos, á menos que estén armados ó que ayuden al enemigo," (3). Los cronistas refieren rasgos de generosidad que no se encuentran de ordinario más que en los romances (a). En 1139, el wali de Córdoba, queriendo obligar á Alfonso VIII á levantar el sitio del fuerte de Oreja, vino á marchas forzadas hasta las puertas de Toledo, donde la reina Berenguela se encontraba sin medios de resistencia. La altiva Española envió un heraldo al general moro para hacerle presente que, si había venido á combatir á los cristianos, debía buscarlos bajo los muros de Oreja, donde su esposo le esperaba, y que no era digno de un caballero hacer la guerra á una mujer. El Almoravide se disculpó de su equivocación, y pidió como un obsequio el permiso para saludar á la reina antes de su partida. Berenguela se presentó en las murallas, rodeada de su corte, y los caballeros árabes desfilaron ante ella, como si fuera en un torneo. Entre tanto Alfonso hacía capitular á la guarnición de Oreja (4).

La comparación de los Arabes con los conquistadores del siglo XV no hace honor á los cristianos. La Europa se hallaba en el comienzo de una nueva edad de civilización y de progreso, y, sin embargo, los vencedores de los Moros se condujeron,

no como bárbaros, sino como salvajes. Todavía se reprocha á los Arabes el haber destruido la biblioteca de Alejandria, lo cual se presta á muy bellas frases sobre la ignorancia y el fanatismo de los mulsumanes; sólo que falta una cosa á esos trozos de poesía, la verdad: el hecho imputado á Omar es falso (1). Por el contrario, hé aquí hechos auténticos: Después de la toma de Granada (1492), de todos los rincones de la España se llevaron allí libros árabes para hacer un magnífico auto de fe: ¡en un solo día devoraron las llamas 1.005.000 volúmenes! (a). Bastaba que un libro tuviese letras árabes para que fuese condenado al fuego (2). Se sabe cuál fué la suerte de los desgraciados vencidos; con desprecio de los tratados más formales, los vencedores los exterminaron ó los expulsaron del suelo de España, y el destierro fué para la mayor parte una sentencia de muerte.

### N.º 3.—Condición de los vencidos.

La conquista árabe fué más humana para los vencidos que las invasiones germánicas. Sin embargo, la dureza de los Bárbaros del Norte fué, en definitiva, más beneficiosa que la dulzura de los hombres del Mediodía. Los Germanos despojaron á los Romanos sistemáticamente unas veces y caprichosamente otras; una aristocracia surgió de la conquista, desaparecieron los hombres libres; de modo que en el siglo X casi toda la población era sierva. Los Arabes dejaron la libertad y la posesión del suelo á los vencidos; y aquellos misioneros armados de una nueva fe respetaron hasta las religiones rivales. Pero transcurren algunos siglos, y se ve que, en el mundo germánico, los vencedores y los vencidos se han fundido en una sola raza; ha desaparecido la servidumbre, y la unidad

(1) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 116, nota.

(a) Entre la negación de Weil y la afirmación de todos los cronistas é historiadores desde la época del suceso hasta el día, tenemos derecho á no dar crédito al panegirista del islamismo. Que los Españoles, que defendían su territorio y su religión, fuesen implacables y en alguna ocasión sanguinarios, es verdad. Pero durante los siete siglos de continuada pelea dieron no menores muestras que los Árabes más cultos de generosidad y de hidalguía. No, no es cierto que los Árabes fuesen tan humanos y los Españoles tan feroces y tan salvajes. Después de la reconquista hubo de todo; es verdad que triunfó la intolerancia, y Roma fomentó el fanatismo; pero si hubo Dezas y Fonsecas, también hubo Talaveras y Mendozas, consejeros y modelos de tolerancia, de humanidad y de cristiana conducta y de acertada política.—(N. del T.)

(2) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes en España*, tomo II, p. 166.

(1) GIBBON, *Hist. de la decadencia del Imperio*, c. 57.

(2) GIBBON, c. 51 -- VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes*, t. II, p. 82.

(3) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes*, t. II, página 215.

(a) ¿Y de qué procedería aquella orden? De los horrores cometidos por los invasores. La guerra en España fué feroz. Las excepciones no hacen la regla.—(N. del T.)

(4) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes*, t. II, página 195, citando á FERRERAS.

la igualdad son los principios del orden social. Mientras que en el mundo musulmán todavía coexisten las razas separadas como en el primer día de la conquista; la desigualdad es radical, la fusión imposible, no hay unidad, y, por consiguiente, ni fuerza ni porvenir. ¿De dónde viene que la barbarie haya sido más saludable que la humanidad? De que los pueblos del Norte se fijaron sobre el terreno hasta el punto de que la distinción de las propiedades viniera á ser el principio de la distinción de las personas. El apego al suelo fué un vínculo entre los conquistadores y los conquistados; los vencedores aceptaron la religión de los vencidos, y á pesar de las diferencias de origen y de las desigualdades sociales, la comunidad de creencias acabó por producir la fusión (a). Los Arabes, lejos de fijarse sobre el terreno, no hicieron más que plantar en él su campamento, como una tienda en el desierto; y separados de los vencidos por la religión, no había unión posible.

Los descendientes de las razas vencidas se llaman todavía entre los musulmanes *los hombres del rebaño (rayet)*. Sin embargo, no son esclavos, sino súbditos; clientes (*dimmy*) del vencedor; conservan sus leyes y hasta sus magistrados nacionales (1), así como la posesión del suelo. Los pueblos germanos se repartieron una porción más ó menos grande del territorio conquistado. Entre los Arabes, esa apropiación individual fué una rara excepción, que no tenía lugar sino cuando la población ene-

(a) El autor busca aquí, como con un candil, causas extrañas á los principios evangélicos y á la savia que entraña el cristianismo para explicar *rei quasi* el progreso de la Europa cristiana y el retroceso de las naciones musulmicas. Pues no es verdad que los Arabes no se afincasen en España. Se afincaron, y con más ahínco y con más apego á la tierra que los Bárbaros del Norte. Cabalmente por poco apego al suelo, éstos eran pastores y poco dados á la agricultura, mientras que los Arabes y los Sirios fueron, por su amor á los goces del campo, los mejores agricultores que tuvo España; y si algo bueno hicieron en ella, fué convertir sus vegas en verjeles y sus laderas en cármenes y en huertas. No, no está el secreto del progreso de aquéllos y del retroceso de éstos en lo que dice Mr. Laurent; está en el fondo de las doctrinas que entrañan sus respectivos labaros, la cruz y la media luna; está en los diversos principios que informan la vida y la constitución y el modo de pensar y de ser de los respectivos pueblos. Que no le dé vueltas Mr. Laurent: el quid del problema está en eso y nada más que en eso. Todo lo demás es accidental y muy secundario.—(N. del T.)

(1) En España, los vencidos continuaron rigiéndose por sus leyes civiles y penales bajo condés cristianos; el gobierno árabe se reservó únicamente el derecho de revisar y confirmar las sentencias en las que se dictara pena de muerte. Antes de permitir la ejecución de un cristiano, el alcaide del lugar debía asegurarse de que el delito por el cual se le condenaba merecía por la ley la pena capital. ¿No es esa intervención una muestra de humanidad? (FAUREL, *Hist. de la Galia meridional*, tomo III, páginas 52-53).

miga era exterminada, expulsada ó reducida á esclavitud. Los vencidos continuaron poseyendo el suelo como tributarios, posesión que, más que un derecho de propiedad, era una especie de usufructo, pero que no podía llegar nunca al concepto de dominio individual y exclusivo: la propiedad era de Dios. En cuanto á los conquistadores, no sacaron otro fruto de la conquista más que el tributo (a). Los tributos formaban el fondo común de la sociedad musulmana. Una parte estaba reservada á los pobres, era la parte de Dios; la otra era distribuida entre los miembros válidos de la nación; mas para tener parte en ella, se necesitaba ejercer un ministerio social, que consistía en vigilar la cultura, en percibir el tributo, en defender el territorio, en propagar el islam. De esta manera los conquistadores no participaban de las ventajas de la conquista más que por las funciones que ejercían (1).

Se ha dicho que los Turcos estaban solamente acampados en Europa: esa frase pinta admirablemente la conquista árabe. Los conquistadores no vinieron, como los Bárbaros del Norte, á pedir tierras á los señores del mundo; lo que ambicionaban no eran riquezas, ni goces, ni un cielo más bello; eran enviados por el profeta para someter el universo al islam. Soldados de Dios, deben estar siempre sobre las armas; nada les puede ligar al suelo; es preciso que estén prontos, al primer llamamiento, para doblar sus tiendas y llevar más adelante la palabra del profeta. Los Arabes son misioneros armados, y el misionero no se ata al suelo, va adonde Dios le llama.

Ese carácter religioso de la conquista árabe fué el gran obstáculo para la fusión de vencedores y vencidos. Los conquistadores, cualesquiera que sean, acaban por mezclarse con los pueblos conquistados; así ha sucedido con los Tártaros de la China, como sucedió con los Germanos de la Eu-

(a) Mr. Laurent padece aquí un grave error. La primera invasión de España, obra de un pequeño ejército, aun cuando reforzado con la incesante inmigración de Bereberes y Egipcios y Siriacos, no pudo producir más que campamentos, una especie de ocupación militar del país, y por eso se limitaron, por conveniencia y hasta por necesidad, á vivir de los impuestos y del botín de guerra. El célebre convenio de Orihuela entre Abdelazid y Teodomiro lo comprueba. Pero del año 740 al 756 cambia el sistema. Dueños ya del territorio, los conquistadores se lo reparten muy bonitamente, y del nuevo reparto entre las diversas tribus, hecho por el caudillo Bereber Abul-Khatar, nos da detalles y pormenores curiosos C. ROMBY, en su *Historia de España*, t. I, parte 2.ª, c. 5, adonde remitimos al lector por no hacer más larga esta nota.—(N. del T.)

(1) G. CAVAIGNAC, *De la constitución territorial en los países musulmanes* (Revista independiente, t. VIII, p. 326 y siguientes).

ropa. Pero entre los Arabes, la fusión no era posible más que por la conversión. En el Occidente, este género de asimilación se verificó muchas veces violentamente: el bautismo de los Sajones y de los Eslavos fué un bautismo de sangre. Los Arabes no han empleado jamás la violencia para imponer el islam (a). Aun en el origen de la guerra santa, en medio de la efervescencia de las pasiones religiosas y de los furros de la conquista, respetaron la religión de los judíos, de los cristianos, de los magos y de los brahmanes. Esa tolerancia ha dado lugar á la suposición de un permiso otorgado por Mahoma á los cristianos (1). Ese convenio, aun cuando fabuloso, acredita el genio humano de los conquistadores; no hubo tal convenio; pero los primeros califas mostraron á los cristianos una tolerancia de la cual éstos no dieron nunca ejemplo. Después de la toma de Jerusalén, el califa Omar visitó las iglesias; y al llegar la hora de la plegaria, pidió al patriarca un sitio en donde pudiera cumplir con ese deber. El patriarca le dijo que orase donde se hallaba; pero Omar lo rehusó, y se retiró solo á las gradas del pórtico y allí hizo oración. Después explicó al obispo griego por qué no había querido orar en el templo cristiano. "Nada hubiera podido impedir á los musulmanes, le dijo, el orar en una iglesia donde el califa hubiese orado," (2). Omar II, el califa más celoso por la propagación del islam, escribió á sus tenientes en la Persia y en la India que no convirtieran á los infieles con la espada y que no destruyesen ningún edificio religioso; les recomendó que atrajesen al islam los vencidos, ofreciéndoles una igualdad completa con los musulmanes. El califa Welid transformó en mezquita la iglesia de San Juan en Damasco; y como los habitantes reclamasen de ello ante Omar, este les ofreció 40.000 piezas de oro

para indemnizarles; los cristianos rehusaron por de pronto y después transigieron, á condición de que el califa les cediera otras iglesias (1). Esos debates entre los cristianos y sus vencedores, esas concesiones hechas por un califa, ardiente propagador del islam, ¿no son pruebas de una grandísima tolerancia?

Los escritores cristianos dicen que se decanta demasiado la tolerancia de Mahoma, y se apoyan en la condición humillante y precaria de sus hermanos del Oriente (2). Verdad es que los califas no fueron fieles á la humanidad de los primeros sucesores de Mahoma; dos siglos después del profeta se sometió á los cristianos del Asia á llevar turbante y cinturón de color diferente en señal de humillación; se les prohibió el uso de caballos y de mulas, obligándoles á montar en asnos á la manera de las mujeres, á ceder el sitio en las calles y en los baños al último de los musulmanes, y se les prohibió el toque de las campanas y las procesiones. Diferencias injuriosas entre vencedores y vencidos que se han perpetuado hasta nuestros días. No queremos defender la intolerancia musulmana; pero los cristianos hacen mal en quejarse, porque la intolerancia es un vicio innato de todas las religiones reveladas, y ellos le han llevado más lejos que los musulmanes. Los judíos se habrían juzgado dichosos si hubiesen gozado de las leyes que los califas impusieron á los cristianos de Oriente. Arabes y cristianos se han encontrado sobre el terreno de España; la historia nos dirá quién ha sido el más tolerante (a).

Los cristianos gozaban de una libertad religiosa casi completa. Los conquistadores no intervenían en el nombramiento de los ministros de la Iglesia; les permitían reunirse en concilio, y les admitían á los cargos del Estado; sólo les prohibían los actos exteriores del culto. Los judíos tenían los mismos derechos; y mientras que duró la dominación de los Arabes, la España fué el asilo de los judíos, mientras que en toda Europa, bajo

(a) Esto es demasiado fuerte y demasiado celo por la defensa del islamismo. Decir que éste no se impuso por la violencia es tanto como negar la historia, leer el Corán al revés y cerrar los ojos á la luz. Mas adelante veremos que Mr. Laurent confiesa la intolerancia de los musulmanes, y que la quiere coonestar con la banal contestación de que «por lo hicieron los cristianos» y con la no más conducente á su intento de que «todas las religiones reveladas son por necesidad intolerantes». Pero entonces, ¿en qué quedamos? ¿Fué ó no fué pacífico y tolerante el islamismo? Que lo digan Mahoma, y Omar, y Khalid, y Amru, y los Almohades, y los Almoravides. Que se abra la historia.—(N. del T.)

(1) Esa capitulación ha sido publicada bajo el título de *Testamentum et pactio inter Muhammedem et christianos fidei cultores* (Paris, 1630). TYCHSEN ha probado que la capitulación no ha existido jamás (*Comment. Societ. Gæting.*, t. XV, p. 172).

(2) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, p. 502 y siguientes.

la dominación cristiana, los infelices descendientes de Israel eran perseguidos como fieras. ¿Cuál fué el primer fruto de la victoria de los reyes cristianos sobre los Moros? La expulsión de los judíos, á los cuales se cazó, como á los lobos en Inglaterra, hasta extinguirlos. En cuanto á los Moros, la capitulación de Granada les concedía la perfecta libertad de su culto. ¿Hay que recordar cómo cumplieron su promesa los Reyes Católicos? ¿Hay que recordar las conversiones forzadas, la expulsión de los vencidos, la violación de la fe jurada, los edictos crueles de Felipe II privando á los Moriscos de su idioma y de sus nombres, la insurrección de los desgraciados conducidos á la desesperación, la horrible campaña del vencedor de Lepanto y la definitiva expulsión de los restos de la raza vencida, expulsión que fué una verdadera sentencia de muerte? (1). Tal fué en España la intolerancia árabe y la intolerancia cristiana.

#### § IV.—Relaciones internacionales.

El aislamiento es el carácter definitivo de la Edad Media europea. Roma había ligado las naciones por la conquista, y los Bárbaros trataron en vano de continuar el imperio, porque su espíritu estrecho sólo en estrechas sociedades se encontraba á sus anchas: una vez que se fijaron en un terreno, se inmovilizaron con sus tierras. Pero los Arabes aspiran á la dominación del mundo; su monarquía, más universal que la del pueblo rey, abraza tres continentes: una gran parte del Asia obedece á sus leyes, tienen un pie en Europa, y todo lo que se conocía del Africa en la Edad Media es musulmán. Gracias á tan inmensas conquistas, los Arabes reanudan el lazo entre el Oriente y el Occidente, en peligro de romperse por la invasión de los Bárbaros, y saltan por el aislamiento del feudalismo, poniendo á la Europa en relación con el mundo oriental. La hostilidad de las religiones era un obstáculo para esas alianzas; pero las necesidades de los hombres vencen la antipatía, hija de las creencias: el comercio, por su parte, une á aquellos á quienes divide la fe, siendo ese

(1) El monje FRAY JAIME BLEDA, que se constituyó en historiador de los Moriscos después de haber sido su perseguidor, confiesa que no sobrevivió una cuarta parte de la población morisca á su expulsión de España (VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes en España*, t. II, p. 40).

uno de sus principales beneficios. Una vez establecidas las comunicaciones, no se limitan al cambio de mercancías sino que se transmiten y se mezclan los sentimientos y las ideas. Los Arabes comunican á la Europa los tesoros de la filosofía y de la ciencia griegas al mismo tiempo que los productos del Asia. De esta manera avanza la humanidad hacia el término de su destino, que es la civilización, la unidad y la armonía.

El islam no es favorable al comercio; más que comerciante es guerrero. Se aproxima, por otra parte, al cristianismo prohibiendo el préstamo á interés y cerrándose á todas las relaciones con los infieles. Con todo, el mahometismo es menos hostil al comercio que la doctrina cristiana, por lo mismo que es menos espiritualista. El Corán dice: "No es un crimen pedir á Dios el acrecentamiento de vuestros bienes, ejerciendo el comercio durante la peregrinación," (1). La prohibición de entrar en contacto con los infieles hubiera puesto una barrera insuperable entre el Oriente musulmán y la Europa cristiana si las prohibiciones religiosas que ponen trabas á las comunicaciones tuvieran el poder de impedir las; pero en todas partes hay arreglos con el cielo. *Chardin* cuenta que los grandes pontífices de Persia le calificaban siempre, al escribir su nombre, de *obediente y sumiso al islam*; y al preguntarle la razón de ello, le respondieron: "Es para poder comerciar lícitamente contigo, porque á los mahometanos nos está prohibido mantener relaciones con quienes no lo sean, á menos de que se sometan al islam," (2).

El genio de la raza y el cosmopolitismo, hijo de la conquista, favorecieron el desarrollo del espíritu comercial é hicieron del imperio de los califas el centro principal del comercio en la Edad Media. *Plinio* ha observado ya que los Arabes unían al amor de las armas la profesión del comerciante (3). La Arabia meridional hacia un comercio considerable en la antigüedad. Colocada en el camino que corrían los navegantes del Egipto á la Persia y á la India, estaba destinada por la naturaleza misma á entregarse al comercio (4). La nación conservó esa tendencia á través del tiempo. Mahoma fué comerciante antes de ser profeta, y sus viajes le die-

(1) *Corán*, II, 194.

(2) *CHARDIN, Viajes*, t. XVII, p. 175.

(3) *PLIN., Hist. natural*, VI, 32.

(4) *RITTER, Geografía*, t. XII, p. 19.

ron á conocer las religiones extranjeras, porque el comercio se mezclaba á la religión de todos los pueblos del Oriente. Antes de Mahoma, la peregrinación á la Caba se relacionaba con transacciones comerciales; y aquellos viajes, mitad religiosos y mitad mercantiles, adquirieron importancia inmensa cuando el islam se esparció por el mundo entero. El profeta impone á sus sectarios la obligación de visitar la Caba una vez por lo menos en su vida; y ese deber, cumplido por todos los musulmanes, ha dado lugar á esas numerosas caravanas que en la época de la peregrinación salían de la India, de la Persia, del Africa, del Egipto y de la Siria. Los peregrinos eran también mercaderes; sólo la caravana de la Siria contaba quince mil camellos.

El islam favorece, además, el comercio al contar entre las obras piadosas todo lo que los fieles hagan en favor de los viajeros, y al recomendar tan eficazmente la hospitalidad; por eso el gobierno y los creyentes rivalizan en celo para fundar esas magníficas *hospederías* donde toda persona recibe gratuitamente un asilo. Cuando, al recorrer un mar de arena, sin árboles, sin cultura, sin lugares de descanso, el viajero cristiano, jadeando de calor y de sed y extenuado por la fatiga, encuentra uno de esos establecimientos fundados por la piedad musulmana, ¿se podrá decir aún que Mahoma es el profeta de una religión inmunda? Las hospederías son, con las mezquitas, los edificios más suntuosos que se encuentran en Oriente; abiertos siempre para todo el mundo, se entra y se sale cuando se quiere sin pagar nada. El viajero lleva consigo lo que necesita para hacer su cama y para preparar su alimento, y encuentra en las hospederías, al precio de tarifa, los alimentos, que en algunas se reparten gratuitamente. Nada más obsequioso ni más delicado que la hospitalidad de los particulares; y para formarse de ello una idea, hay que leer, en las descripciones de los viajeros, las exquisitas atenciones que ponen los Arabes en ofrecerles lo mejor que tienen, el pan de trigo, cuando ellos no comen más que pan de cebada, y la leche de vaca, cuando ellos sólo se alimentan de leche de camella.

La conquista puso á los Arabes en posesión de los más ricos países del Asia y del Africa, antiguos centros del comercio del mundo. Así es que de conquistadores se hicieron comerciantes y se dieron al comercio con el mismo ardor que á la

guerra. Los Arabes se adelantaron dentro del Africa mucho más que los Romanos; iban á la costa de Zanguebar, donde acopiaban el marfil más apreciado, y á Sofala, donde recogían oro en abundancia; parece que frecuentaban la isla de Madagascar, y no fueron más allá, porque no conocían la verdadera configuración del Africa.

Los Arabes se apoderaron de la India y entraron en relación con la China. Al fin del siglo VIII, el mismo califa que enviaba presentes á Carlomagno mantenía relaciones con el celeste imperio (1). Tuvieron también que vencer la repugnancia del gobierno chino á comerciar con los extranjeros; mas, á pesar de ello, se establecieron en Canfut, donde tenían un cadí para la administración de justicia, siendo los escritores árabes los primeros que dieron á conocer el té y la porcelana de la China (2).

Los califas, á quienes se acusa de haber marcado sus pasos con ruinas y sangre, levantaron las ciudades más considerables de la Edad Media. Omar, ese feroz conquistador, fundó la ciudad de Basora en la confluencia del Eufrates y del Tigris; emplazamiento tan admirablemente escogido, que la ciudad dominaba los dos ríos por medio de los cuales se derraman las producciones de la India en todas las partes del Asia; construida sobre un terreno de arena y piedra, y merced á los trabajos de irrigación, Basora llegó á ser uno de los paraísos del Oriente. La naturaleza la ayudó á triunfar de las revoluciones que devastaron el Asia, y todavía hoy, en los setenta y dos barrios de la ciudad, existen comerciantes de todas las naciones, árabes, persas, armenios, turcos, judíos, cristianos é indos (3).

Bagdad, la residencia de los califas, aventaja á todas las ciudades del Asia y de la Europa, y es digna de figurar en *Las Mil y una noches* (4). Si no tuviéramos las relaciones de los geógrafos y de los viajeros, creeríamos que era un sueño de la imaginación oriental. El sabio *Ritter* la llama una de las capitales de la tierra: fundada en un momento en que habían cesado las guerras, la residencia de los califas recibió el bello nombre de *Ciudad de la paz*.

(1) HAROUN-AL-RASCHID envió una embajada á China en el año 788 (WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 163).

(2) PARDESSUS, *Leyes marítimas*, Introducción, p. 81.

(3) RITTER, *Geografía*, t. X, p. 178-180.

(4) *Las Mil y una Noches*, CLI: «Bagdad, la metrópoli de todas las ciudades de la tierra.»